demostró, con argumentaciones irrefutables, los erróneos y equivocados conceptos que tienen nuestros adversarios de nuestras aspiraciones libertarias y de comunidad social. Después se ocupó de los sucesos e hizo historia de los de la «mano negra», Alcalá del Valle, Cullera, Torrepérogil, La Unión y Cenicero, y en un muy sentido párrafo demostró como los verdaderos culpables de la sangre derramada en esos pueblos están en plena libertad, y los inocentes que no delinquieron, han pagado unos con la muerte y otros con el presidio el *delito* de haber pedido pan y justicia.

Dió a conocer los nombres de los criminales caciques Bujanda, Bartolomé Guerrero y Gavilán, para que queden grabados en la memoria de los trabajadores. Por último explicó el caso de José Castellvi, concluyendo su extenso discurso alentando al proletariado lebrijano a persistir en la Asociación y luchar por la libertad de nuestros compañeros presos.

El presidente hizo el resumen, acordándose enviar un telegrama al presidente del Consejo de ministros excitando al Gobierno para una amplia amnistía y libertad extensiva para Castellví y presos de Cenicero

A la salida se recogieron 20'15 pesetas, mitad para el justiciero camarada Enrique Fernández y la otra mitad para el compañero Francisco López, de Bornos, preso en la cárcel de Arcos de la Frontera —*Francisco Páez*.

EN PATERNA DE RIVERA

Por segunda vez nos hemos encontrado entre los buenos compañeros de Paterna de Rivera, como invitados a tomar parte en un mitin pro presos y de propaganda sociológica que dichos amigos habían organizado y a cuyo efecto habiase publicado una hojilla con el debido conocimiento del monterilla Felipe Tejedor

Pero he aquí que después de haber cumplido el requisito legal de poner en conocimiento de dicho Tejedor la celebración del acto, cuando ya no se esperaba otra cosa que la llegada de la hora para su celebración, presentóse a la comisión organizadora un guardia del orden, con la suspensión por parte del alcalde del referido acto, interin no pasaran los días de la feria.

Personados nuevamente ante el alcalde los compañeros organizadores, no obtuvieron más explicaciones que las ya expresadas.

Pero, a pesar de la actitud gallarda y *caballeresca* del monterilla Tejedor, nuestros compañeros decidieron no obstante celebrar el acto; y constando en el reglamento de su Centro un artículo dando amplias facultades para celebrar veladas y conferencias, se comunicaron en aquel momento, por lo que celebráramos una velada en el local del ya citado Centro. Su objeto quedó reducido a *quitarle importancia* al acto ..

La velada dió comienzo a las ocho de la noche del día 11 del corriente, con la asistencia de un nutrido número de trabajadores que oyeron una vez más el lenguaje de la verdad, la voz de la justicia popular en pos de los trabajadores caídos entre las mallas de las leyes que los Tejedoras grandes y chicos han tejido y tejen para imposibilitar en lo posible la marcha de las ideas de emancipación y justicia.

Los compañeros que tomaron parte fueron: de Paterna, Miguel Barroso, M Menacho y María Moreno; de Alcalá, M Salcedo; de Chiclana, el que suscribe, y de San Fernando, Tomás Torrejón.

Se defendió a los presos y se combatió a la justicia histórica, a la usurpación propietario-capitalista, a la religión y al Estado

No se fué de rositas el Tejedor de marras por su informalidad y pocos escrúpulos en el desempeño de las funciones *constitucionales*

Terminado el acto se recaudaron algunas pesetas que la comisión quedó encargada de remitir a TIERRA Y LIBERTAD para los presos por cuestiones sociales —*Ile-Gales*.

EN JEREZ

El Comité Pro presos de Jerez, , después de permanecer más de dos meses inactivo, en forzoso silencio a causa de la suspensión de las cacareadas garantías constitucionales y otras causas más, ha vuelto a reemprender la campaña pro-presos y abaratamiento de las subsistencias, organizando un mitin que tuvo lugar el día 17 del corriente, en el local de la Sociedad de Obreros Toneleros, con las adhesiones de 10 entidades obreras y las del catedrático del Instituto de esta ciudad, don Antonio Romo Rubiés; Asociación de Obreros Campesinos, de Lebrija; Centro de Estudios Sociales, de Sevilla, y el Comité de la Federación de grupos anarquistas de la región andaluza.

Presidió el camarada D. Martinez, quien después de explicar el objeto del mitin cede la palabra a los compañeros C. Troya, M. Díaz (de Cádiz), J. Guerrero, G. Vilche, J. Guerrero (hijo) P. G. Ch., P. Zarzuela y la compañera I. Barea, en representación de un grupo de mujeres. Todos los oradores se expresaron con fogosidad, combatiendo con energía a las fieras carnívoras llamadas autoridades, como también a los caciques inductores de los hoorrorsos crimenes cometidos en Torreperogil con honrados trabajadores. También se dirigieron duros y enérgicos anatemas contra el repugnante cacique Bujanda, causante de los sucesos acaecidos en Cenicero, que han dado lugar al proceso y encarcelamiento de nuestros queridos compañeros.

Al mismo tiempo se elogió grandemente al camarada Enrique Fernández, por haber sabido tomarse la justicia por su mano. ¡Tomemos ejemplo, trabajadores del mundo!

También se combatió a los ambiciosos agiotistas que, con la pantalla de la mil veces maldita guerra europea, pretenden sumirnos en la desesperación, condenándonos al hambre y a la más espantosa miseria.

Fueron duramente fustigados los mercaderes embaucadores del pueblo español, empezando por el fatídico cocodrilo Maura y el cojo Romanones y acabando por el *Juan Palomo* del automóvil, Alejandro Lerroux y la cotorra Melquiadez Alvarez, manifestando todos con fogosidad y energía, que si por causa de esos apaches políticos partidarios de la intervención en el crimen europeo, fuésemos lanzados a la guerra, debemos de unificarnos y poner coto a ese juego macabro y salvaje, imponiendo la paz por la fuerza del proletariado español.

Seguidamente el compañero presidente hace el resumen del acto, recomendando perseverancia para continuar en tan humanitaria y justiciera campaña hasta conseguir la libertad y una amplia amnistía para tantas víctimas inocentes como gimen en las malditas cárceles españolas.

A continuación se aprobaron las siguientes conclusiones:

1.ª Continuar la campaña pro presos hasta que el Gobierno, forzado por las circunstancias de una acción rebelde y revolucionaria de todo el proletariado español, conceda una amplia amnistía para todos los presos por delitos políticos y sociales en general y que sean abaratadas las subsistencias en un tanto por ciento.

2.º Poner en conocimiento de todos los Comités pro presos de España, que este Comité desea tener relación con todos para unificar los pensamientos y persistir en tan justa campaña hasta verla coronada de un gran éxito.

Por el Comité pro presos.—*Pedro G.ª Chacón*.

NOTA.—La dirección para toda la correspondencia relacionada con este Comité, Centro de Obreros Campesinos, Visitación, 10, Jerez de la Frontera (Cádiz).

EN ZARAGOZA

Organizado por la Juventud Republicana, se celebró el día 19 un mitin pro-presos de Cenicero y a cuyo acto concurrieron todos los obreros que piensan, y los que sin ser obreros se interesan por estas cuestiones.

Hicieron uso de la palabra don Gil y Gil, abogado, por el Casino Republicano, y por el *Comité pro presos de Barcelona*, Domingo Babra y Jorge Gallart.

Los oradores, en tonos enérgicos, demostraron la injusticia que se cometió al condenar a aquellos obreros inocentes, que no cometieron otro delito que el de pedir un poco más de pan y un poco más de respeto.

Pidieron la libertad incondicional para todos los encartados en el proceso por los sucesos ocurridos en Cenicero, puesto que fueron provocados por el cacique Alfonso Bujanda.

Los oradores aplaudieron y demostraron gran interés por la renovación de esta humana campaña, suspendida por el gobierno de Romanones primero, y luego por los directores de la U. G. de T.

Al terminar, hicieronse los correspondientes comentarios, coincidiendo todos en que Cataluña y en particular Barcelona es la cuna de las causas justas y humanas, al mismo tiempo que el nervio de los grandes y sublimes ideales de liberación humana.

NICOLÁS SERRANO

EN BARCELONA

Convocado por el Comité pro-presos Cenicero, efectuose en la Casa del Pueblo un mitin en pro de las infortunadas víctimas de Bujanda y por los presos en general.

Presidió el compañero Noriega, quien manifestó que no habiendo desaparecido el peligro que pesa sobre los presos de Cenicero no era aquel mitin el último, y que si con la realización de mitins no se llega al objeto justiciero será necesario un acto decisivo en el que los hechos suplan a las palabras.

Seguidamente hizo uso de la palabra Domingo Babra.

Este empieza su disertación, exponiendo los deseos manifestados por los obreros de Cenicero, para que acudieran compañeros de Barcelona en el mitin celebrado el pasado domingo.

Dice que el mitin celebrado en Logroño, en el teatro Bretón de los Herreros, fué un acto importantísimo en el que se puso al descubierto las maquinaciones tramadas para perder a los presos de Cenicero.

Explica la visita que les hicieron, indicando que ellos esperan que el pueblo sabrá hacer justicia.

Demuestra la inocencia de los condenados a muerte, probando que no son culpables de la muerte del guardia civil.

Da una impresión del mitin celebrado en Cenicero. Este fué un éxito. En tan importante acto, el pueblo de Cenicero se juramentó para hacer un gesto viril y humano, en caso de ser condenadas las víctimas de Bujanda.

Dice que en la cárcel de Cenicero hay también dos compañeros presos, de Fuenmayor, acusados de la muerte de un esquirol.

Habla de los mitines celebrados en Cervera del Río Alhama y en Zaragoza, poniendo de relieve el interés del pueblo en ponerse al lado de los presos de Cenicero.

Entre otras consideraciones, expone que al final de la campaña se realizará una manifestación en la calle, para exigir de una vez lo que se resiste a conceder el gobierno liberal (¡!) de Romanones.

Termina excitando al pueblo de Barcelona, para que luche sin recelo por la libertad de los presos de Cenicero.

El compañero Vaquer habla brevemente en defensa de los presos, diciendo que debe lucharse por la conquista de su libertad, hasta obtenerla.

Emiliano Iglesias, dice que de lo dicho por los delegados al mitin de Cenicero, se desprende que el pueblo de dicha localidad, no está dispuesto a tolerar lo que se pretende hacer con ellos. La misma impresión se deduce de lo ocurrido en los mitines de Cervera del Río Alhama, Zaragoza, etc.

Esto debe tenerlo en cuenta el Gobierno, para sacar la consecuencia de que si los reos de Cenicero estuvieran juzgados por un tribunal popular, ya estarían absueltos.

Esto debe servir de norma al Consejo Supremo de Guerra, para que realice la misma función que realizaría un tribunal civil.

Si no sucede así, el pueblo debe imponer lo que solicita, por ser de justicia y de humanidad.

Gallart, explica detalladamente la situación del pueblo de Cenicero. ...

Hace notar que no se trata de una lucha contra Bujanda, sino de una batalla contra la reacción, incluyendo a los mismos liberales que han mandado telegramas al Gobierno, exigiendo un ejemplar castigo.

Censura duramente la acción del Estado, demostrando que solo se mueve para perjudicar al pueblo y perpetuar la injusticia.

Relata la entrevista que tuvo con los reos de Cenicero, diciendo que éstos están dispuestos a todo, mientras se haga una campaña intensa.

Expone los proyectos del Comité pro presos Cenicero, para conseguir la libertad de los mismos.

Dice que los compañeros de Cenicero esperan que Barcelona estará arma al brazo para hacer que el triunfo de la justicia sea un hecho. El pueblo revolucionario debe aprovechar esta ocasión para añadir a su brillante historia otra página gloriosa y humana.

Noriega, resume. Expone la necesidad de cohesionar las fuerzas, para luchar sin tregua por la libertad de las víctimas del odiado cacique Alfonso Bujanda.

Da cuenta de las nuevas adhesiones recibidas del Grupo pro *Solidaridad Obrera* de los Cilindradores y Estampadores y del Sindicato de Curtidores «La Unión Popular», dándose por terminado el acto a las 12 de la mañana.

La numerosa concurrencia que asistió al mitin, desalojó el local vivamente impresionada.

A la salida se recaudaron 19'20 pesetas para la continuación de la campaña.

En resumen: fué un acto importantísimo en pro del triunfo de la justicia popular.

UNA VÍCTIMA MÁS

En Teruel se halla preso hace varios días Augusto Lagunas Alemany, por el enorme delito de haber disgustado al alcalde de Alcañiz desde el periódico *Rebeldía*, que en esta última localidad dirigía.

El juez no le admite para recobrar su libertad fianza personal ni metálica; lo que ignoramos es de dónde habrá sacado los fundamentos jurídicos del auto, pues en las leyes españolas nos consta que no están.

Con este abusivo procedimiento se consigue que dicho periodista, que tuvo la osadía de combatir al caciquismo, permanezca en la cárcel más tiempo del que le correspondería aunque se hubiese probado ya su culpabilidad.

Habilidades caciquiles que solo son posibles en un país donde el ministerio de Justicia está a cargo de un Barroso y la presidencia del Consejo al de un Romanones.

¡En buenas manos está la ley y la libertad del pensamiento!

OTRO CENICERO

Al entrar este número en máquina leemos el siguiente telegrama que nos ha llenado de coraje y que demuestra una vez más la realidad de que «toda España es Cenicero»:

«Madrid, 24.—Comunica el gobernador de Ciudad Real desde Manzanares, que mientras estaba reunido en el Ayuntamiento con patronos y obreros para buscar una solución a la huelga y debido a ciertas intemperancias de algunos agentes de la policía, se amotinó el pueblo.

»La guardia civil dió unas cuantas cargas que exasperaron a los paisanos, que la emprendieron a pedradas con la fuerza.

»La guardia civil hizo repetidas descargas, de las que resultaron dos obreros muertos y varios otros heridos.

»Un guardia fué derribado del caballo de una pedrada.

»Los ánimos de los amotinados están excitadísimos

»Se teme que se reproduzcan los sucesos.

»El gobernador pide refuerzos desde Manzanares.»

¡Con atropellos continuos y con otro Cenicero más, contesta el Gobierno a nuestra campaña de justicia en pro de las víctimas de sus atropellos!

Decididamente se impone un acto decisivo contra tamaños procedimientos.

¡Obreros de España! ¡A la acción!

FRUTOS DEL CAPITALISMO

Palabras de ayer—.1888

...¡Ah! ¡Si no hubiere más que temer que esta Revolución que nos la describen como un espectro!... Incapaz de imaginar una sociedad más detestable que la nuestra, tengo para la que ha de sucederla, más desconfianza que temor. Si tuviera que sufrir por la transformación, me consolaría pensando que los verdugos de hoy son las víctimas de la víspera, y la esperanza de un porvenir mejor nos haría soportar el presente peor. Pero no es este peligro lejano lo que me espanta: yo veo otro más cercano, más cruel sobre todo; más cruel, porque no tiene disculpa ninguna, porque es absurdo, porque ningún bien puede aportar. Cada día se calculan las probabilidades de guerra futura y cada día que pasa se consideran más despiadadas...

El pensamiento se echa atrás, espantado ante una catástrofe que surge al final del siglo como término del progreso de nuestra era y, sin embargo, hay que habituarse a ella. Hace veinte años que todas las fuerzas del saber se extenúan inventando máquinas de destrucción, y dentro de poco bastarán unos cuantos cañonazos para derribar todo un ejército. Movilizados militarmente están, no como antes unos cuantos millares de pobres diablos más o menos asalariados, sino pueblos enteros que van a degollarse unos a otros. Se les roba su tiempo para robarles con más seguridad la vida. Para adiestrarles con la maturaleza se les azuzan sus rencores para persuadirles de que se les odia; y hombres pacíficos se dejan coger en esta trampa, y pronto veremos como se lanzan unos contra otros, con ferocidades de bestia salvaje, rebaños de pacíficos ciudadanos a los cuales una orden inepta pondrá el fusil en la mano. Dios sabe por qué ridículo incidente de frontera o por qué mercantiles intereses coloniales.

...Y marcharán como los borregos al matadero, pero sabiendo adonde van, sabiendo que abandonan a sus mujeres, sabiendo que sus hijos sufrirán hambre, ansiosos y, no obstante, emborrachados por las palabras sonoras y embusteras que les habrán deslizado a sus oídos. Marcharán sin rebelarse, pasivos y resignados, a pesar de que son la masa y la fuerza, y que serían el poder si quisieran, y podrían, si supiesen entenderse, establecer el buen sentido y la fraternidad en el lugar de las truhanerías de la diplomacia. Marcharán tan engañados, que hasta creerán que la carnicería es un deber y rogarán a Dios que bendiga sus sanguinarios apetitos. Marcharán pisoteando las cosechas que sembraron, incendiando las ciudades que construyeron, con cantos de entusiasmo, gritos de alegría, músicas y fiestas. Y sus hijos levantarán estatuas a los que mejor habrán sabido destrozarles...

La suerte de toda una generación depende de la hora en que algún fúnebre político dé la señal de marchen. Sabemos que los mejores de nosotros quedarán diezmados y que muestra obra quedará destruida en germen. Lo sabemos y la rabia nos estremece, porque nada podemos para evitarlo. Estamos cogidos en la red de las oficinas y de los expedientes y para romperla tendríamos que dar una sacudida demasiado brusca. Pertenecemos a las leyes que hemos votado para que nos protegieran y que nos oprimen. Somos juguete, la propiedad de esta antinómica abstracción llamada Estado, que convierte a cada individuo en esclavo en nombre de la voluntad de todos, de estos todos que tomados aisladamente querrían lo contrario exacto de lo que se les mandará hacer...

EDOUARD ROD

(De *Le sens de la vie*, pág. 298-212, Perrin editor, 1888, París).

Palabras de hoy.—1916

«...Entonces fué cuando tuve ocasión de entrever y atisbar las profundidades morales de que hablaba al principio. Apenas entraron en el comedor dos o tres grumetes cargados con sendos haces de cinturones, se originó entre los pasajeros una verdadera batalla. El buque, malo, pero provisto y llevando un pasaje escogido, no contaba con un número suficiente de salvavidas. Y los pocos que había fueron arrebatados por asalto, sin contemplación alguna, con un egoísmo repugnante y bárbaro, como entre fieras hambrientas un cacho de presa. Los mismos que una hora antes brindábamos juntos, nos atendíamos solícitos, ofreciéndonos mil cortesías amables y asegurándonos amistades sinceras, nos disputamos uno a uno, entre empellones brutales y vigorosos atropellos, los cinturones de corcho. Y a medida que eran obtenidos, los que los arrebataban huían a esconderse con ellos, temiendo que otro más fuerte se los quitara por el mismo procedimiento y con el mismo derecho. Cuando, al amanecer, se calmó el temporal y el capitán pudo orientarnos hacia el puerto, la tranquilidad renació por completo. Los que todavía andaban protegidos con el cinturón se apresuraron a quitárselo. Todo se olvidó en un momento. A la hora del almuerzo, mientras el buque se deslizaba suavemente por el estrecho de Mesina, el comedor se llenó varias veces, hasta rebosar. Entre comentarios y burlas del temor pasado, reanacieron las sonrisas, y las amistades de la víspera volvieron a renudarse. Pero vagaba por encima de todos un pestilente recuerdo y una obscura vergüenza. Cada cual, al mirar sonriendo al «amigo» vecino, se decía en secreto que ese era el mismo que la noche pasada le enseñó, sin querer, pero con una elocuencia insuperable, la escondida desnudez de su alma...

Este mismo aire corrupto, esa peste, ese doble fondo pútrido que Maquiavelo decía encontrar latente en el hombre, aun bajo la apariencia risueña de sus mejores días, son lo primero que se respira y encuentra al penetrar—según la posición que adoptamos—por debajo del dolor actual. Sólo que, en este caso, las proporciones del mal son incomparables: no se trata de una sociedad, de un pueblo, ni de una nación: es el mundo entero, la Humanidad en peso que muestra descaradamente sus repliegues más íntimos. Quien recuerde lo que era la tierra el 1 de julio de 1914 y lo que fué al día siguiente, verá cuán tenue y quebradizo debió ser el brillante barniz de espiritualidad que la cubría. El mundo, entonces, parecía en absoluto aferrado y rendido a la convicción de Franklin (el Franklin anterior a 1787), de que la guerra es siempre mala y la paz siempre buena». ¡Qué aparente cordialidad, qué finura de matices sociales, qué convivencia tan delicada entre extraños y qué orgullo de humanitarismo triunfante! Había una verdadera escala jerárquica de los valores morales. No predominaba, quizás, el espíritu, pero sí una emanación suya que es el horror de la sangre. Aun los pueblos que conservaban latente un rastro de hostilidad pasada, fraternizaban y se comprendían. Pocos días, poquísimos, antes de estallar la guerra, yo oí en París la más inexplicable representación de *Die Meistersinger von Nuremberg*, cantada en alemán y dirigida por Weingartner. Pero bastó un minuto para destruir la cáscara de fraternidad que recubría el mundo, y para que todas las inmundicias ocultas fermentaran y salieran a la superficie.

Hace dos años que se mata, se destroza, se miente, se injuria, se oprime a los debiles y no se respeta nada. Y lo más horrible es la honda delicia, el vigor, la constancia imponderable, casi la voluptuosidad instintiva que el hombre pone en ese ensañamiento. Hay que ver la sonrisa de júbilo, la embriaguez cordial con que son acogidas las noticias de aniquilamiento de ciudades ricas y los datos inútiles sobre las hecatombes. No basta saber que «se gana»; se quiere además paladear el macabro triunfo, gustar el refinado sabor de esas frases de literatura guerrera: «los batallones enemigos han sido materialmente *segados* por nuestro fuego *concéntrico*», «las alamedas están cubiertas por *montones* de cadáveres», «los abrigos y sus ocupantes han sido *reducidos a polvo*». ¡La victoria pareceria sosa e insignificante si no pudiéramos verla representada a lo vivo, con pinceladas de sangre! Todo el mundo contribuye a asistir a la catástofre, como al espectáculo de un circo bárbaro. Las formidables industrias modernas, los laboratorios científicos, las empresas económicas; todo contribuye a aumentar la pujanza maligna: los beligerantes se destrozan, los neutrales acechan el momento oportuno para entrar a río revuelto en la lucha o suministran a los contendientes, por un puñado de oro, cantidades fabulosas de armas y de municiones. Y hasta los más reservados siguen con un interés fanático o una curiosidad inaudita las peripecias de la lucha, ávidos de sensaciones descomunales, poniendo en los demás un fervor o un anhelo que jamás han tenido ni tendrán para sí mismos, ni para su patria.

Al lado de este espectáculo de miseria suprema, hay que poner—para ser justos—el del asombroso heroísmo de los beligerantes y la filantropía de algunos neutrales. Jamás habíamos presenciado un desinterés mayor, un espíritu de sacrificio tan hondo, ni una tan absoluta abdicación de los egoísmos individuales, como los que se manifiestan en la actualidad. Y si nos asombra recordar el cambio inconcebible, la vuelta en redondo hacia el mal, que dió la humanidad en 1914, nuestra admiración debe ser todavía mayor al constatar que los mismos hombres de entonces — esos hombres que parecían flacos, ligeros, embotados por largos años de paz—son los héroes y atletas de ahora. Pero aquí tocamos en una de las más negras profundidades de la condición humana. ¿Por qué esas virtudes incomparables, esas energías magníficas, superiores, máximas, sólo pueden desarrollarlas el hombre para aplicarlas al mal de la humanidad? ¿Por qué en tiempo de paz todo son aflojamientos y egoísmos, y en tiempo de dolor y miseria todo es entereza y renunciamiento personal? ¿Por qué en la prosperidad leemos a Rabelais y en la desgracia la *Imitación de Cristo*? ¿Será porque el estado natural del hombre es el dolor, y sólo en el dolor alcanza la perfección de sí mismo? Pero, entonces, ¿qué engaño es ese de la civilización?... Con la millonésima parte de virtud y energía que se aplican en un año a la guerra, hubiera podido asegurarse para siempre la paz. Y sin embargo esto no se hizo, ni probablemente podrá hacerse por completo jamás: el hombre está dispuesto a sacrificarlo todo y a sacrificarse a sí mismo para aniquilar a otro; pero ¡cuán pocos es capaz de hacer para salvarle! Las maravillosas virtudes personales y colectivas que presenciamos son hijas directas de la calamidad, y cesarán paulatinamente a medida que la calamidad termine...

GAZIEL

(*La Vanguardia*, 20 agosto, 1916).

¿Qué podemos añadir nosotros a lo dicho por estos dos escritores que no son anarquistas, que no pertenecen al campo socialista? El primero supo ver tan claro la realidad actual cual pudiera el más clarividente anarquista. El segundo la expone y critica de modo tan punzante que mejor no lo haría uno de los nuestros. Por esto hemos querido dejarles la palabra, para que los obreros se convenzan de que de las mismas filas de la burguesía podemos sacar la confesión de cuán justas son nuestras críticas y cuán verdaderas nuestras ideas. ¡Que nos importa que estas plumas no militen en nuestro campo y que a menudo se contradigan! Ellos tienen intereses creados que los atan; nosotros no y podemos ir hasta el final de un raciocinio. Las palabras confortan y animan a seguir la tarea emprendida contra todos los errores y prejuicios actuales, porque nos dan mayor seguridad de que nuestras rebeldías morales e intelectuales—de debajo del dolor actual. Sólo que, en este caso, las proporciones del mal son incomparables: no se trata de una sociedad, de un pueblo, ni de una nación: es el mundo entero, la Humanidad en peso que muestra descaradamente sus repliegues más íntimos. Quien recuerde lo que era la tierra el 1 de julio de 1914 y lo que fué al día siguiente, verá cuán tenue y quebradizo debió ser el brillante barniz de espiritualidad que la cubría. El mundo, entonces, parecía en absoluto aferrado y rendido a la convicción de Franklin (el Franklin anterior a 1787), de que la guerra es siempre mala y la paz siempre buena». ¡Qué aparente cordialidad, qué finura de matices sociales, qué convivencia tan delicada entre extraños y qué orgullo de humanitarismo triunfante! Había una verdadera escala jerárquica de los valores morales. No predominaba, quizás, el espíritu, pero sí una emanación suya que es el horror de la sangre. Aun los pueblos que conservaban latente un rastro de hostilidad pasada, fraternizaban y se comprendían. Pocos días, poquísimos, antes de estallar la guerra, yo oí en París la más inexplicable representación de *Die Meistersinger von Nuremberg*, cantada en alemán y dirigida por Weingartner. Pero bastó un minuto para destruir la cáscara de fraternidad que recubría el mundo, y para que todas las inmundicias ocultas fermentaran y salieran a la superficie.

Hace dos años que se mata, se destroza, se miente, se injuria, se oprime a los debiles y no se respeta nada. Y lo más horrible es la honda delicia, el vigor, la constancia imponderable, casi la voluptuosidad instintiva que el hombre pone en ese ensañamiento. Hay que ver la sonrisa de júbilo, la embriaguez cordial con que son acogidas las noticias de aniquilamiento de ciudades ricas y los datos inútiles sobre las hecatombes. No basta saber que «se gana»; se quiere además paladear el macabro triunfo, gustar el refinado sabor de esas frases de literatura guerrera: «los batallones enemigos han sido materialmente *segados* por nuestro fuego *concéntrico*», «las alamedas están cubiertas por *montones* de cadáveres», «los abrigos y sus ocupantes han sido *reducidos a polvo*». ¡La victoria pareceria sosa e insignificante si no pudiéramos verla representada a lo vivo, con pinceladas de sangre! Todo el mundo contribuye a asistir a la catástofre, como al espectáculo de un circo bárbaro. Las formidables industrias modernas, los laboratorios científicos, las empresas económicas; todo contribuye a aumentar la pujanza maligna: los beligerantes se destrozan, los neutrales acechan el momento oportuno para entrar a río revuelto en la lucha o suministran a los contendientes, por un puñado de oro, cantidades fabulosas de armas y de municiones. Y hasta los más reservados siguen con un interés fanático o una curiosidad inaudita las peripecias de la lucha, ávidos de sensaciones descomunales, poniendo en los demás un fervor o un anhelo que jamás han tenido ni tendrán para sí mismos, ni para su patria.

Al lado de este espectáculo de miseria suprema, hay que poner—para ser justos—el del asombroso heroísmo de los beligerantes y la filantropía de algunos neutrales. Jamás habíamos presenciado un desinterés mayor, un espíritu de sacrificio tan hondo, ni una tan absoluta abdicación de los egoísmos individuales, como los que se manifiestan en la actualidad. Y si nos asombra recordar el cambio inconcebible, la vuelta en redondo hacia el mal, que dió la humanidad en 1914, nuestra admiración debe ser todavía mayor al constatar que los mismos hombres de entonces — esos hombres que parecían flacos, ligeros, embotados por largos años de paz—son los héroes y atletas de ahora. Pero aquí tocamos en una de las más negras profundidades de la condición humana. ¿Por qué esas virtudes incomparables, esas energías magníficas, superiores, máximas, sólo pueden desarrollarlas el hombre para aplicarlas al mal de la humanidad? ¿Por qué en tiempo de paz todo son aflojamientos y egoísmos, y en tiempo de dolor y miseria todo es entereza y renunciamiento personal? ¿Por qué en la prosperidad leemos a Rabelais y en la desgracia la *Imitación de Cristo*? ¿Será porque el estado natural del hombre es el dolor, y sólo en el dolor alcanza la perfección de sí mismo? Pero, entonces, ¿qué engaño es ese de la civilización?... Con la millonésima parte de virtud y energía que se aplican en un año a la guerra, hubiera podido asegurarse para siempre la paz. Y sin embargo esto no se hizo, ni probablemente podrá hacerse por completo jamás: el hombre está dispuesto a sacrificarlo todo y a sacrificarse a sí mismo para aniquilar a otro; pero ¡cuán pocos es capaz de hacer para salvarle! Las maravillosas virtudes personales y colectivas que presenciamos son hijas directas de la calamidad, y cesarán paulatinamente a medida que la calamidad termine...

GAZIEL

(*La Vanguardia*, 20 agosto, 1916).

¿Qué podemos añadir nosotros a lo dicho por estos dos escritores que no son anarquistas, que no pertenecen al campo socialista? El primero supo ver tan claro la realidad actual cual pudiera el más clarividente anarquista. El segundo la expone y critica de modo tan punzante que mejor no lo haría uno de los nuestros. Por esto hemos querido dejarles la palabra, para que los obreros se convenzan de que de las mismas filas de la burguesía podemos sacar la confesión de cuán justas son nuestras críticas y cuán verdaderas nuestras ideas. ¡Que nos importa que estas plumas no militen en nuestro campo y que a menudo se contradigan! Ellos tienen intereses creados que los atan; nosotros no y podemos ir hasta el final de un raciocinio. Las palabras confortan y animan a seguir la tarea emprendida contra todos los errores y prejuicios actuales, porque nos dan mayor seguridad de que nuestras rebeldías morales e intelectuales—de debajo del dolor actual. Sólo que, en este caso, las proporciones del mal son incomparables: no se trata de una sociedad, de un pueblo, ni de una nación: es el mundo entero, la Humanidad en peso que muestra descaradamente sus repliegues más íntimos. Quien recuerde lo que era la tierra el 1 de julio de 1914 y lo que fué al día siguiente, verá cuán tenue y quebradizo debió ser el brillante barniz de espiritualidad que la cubría. El mundo, entonces, parecía en absoluto aferrado y rendido a la convicción de Franklin (el Franklin anterior a 1787), de que la guerra es siempre mala y la paz siempre buena». ¡Qué aparente cordialidad, qué finura de matices sociales, qué convivencia tan delicada entre extraños y qué orgullo de humanitarismo triunfante! Había una verdadera escala jerárquica de los valores morales. No predominaba, quizás, el espíritu, pero sí una emanación suya que es el horror de la sangre. Aun los pueblos que conservaban latente un rastro de hostilidad pasada, fraternizaban y se comprendían. Pocos días, poquísimos, antes de estallar la guerra, yo oí en París la más inexplicable representación de *Die Meistersinger von Nuremberg*, cantada en alemán y dirigida por Weingartner. Pero bastó un minuto para destruir la cáscara de fraternidad que recubría el mundo, y para que todas las inmundicias ocultas fermentaran y salieran a la superficie.

Hace dos años que se mata, se destroza, se miente, se injuria, se oprime a los debiles y no se respeta nada. Y lo más horrible es la honda delicia, el vigor, la constancia imponderable, casi la voluptuosidad instintiva que el hombre pone en ese ensañamiento. Hay que ver la sonrisa de júbilo, la embriaguez cordial con que son acogidas las noticias de aniquilamiento de ciudades ricas y los datos inútiles sobre las hecatombes. No basta saber que «se gana»; se quiere además paladear el macabro triunfo, gustar el refinado sabor de esas frases de literatura guerrera: «los batallones enemigos han sido materialmente *segados* por nuestro fuego *concéntrico*», «las alamedas están cubiertas por *montones* de cadáveres», «los abrigos y sus ocupantes han sido *reducidos a polvo*». ¡La victoria pareceria sosa e insignificante si no pudiéramos verla representada a lo vivo, con pinceladas de sangre! Todo el mundo contribuye a asistir a la catástofre, como al espectáculo de un circo bárbaro. Las formidables industrias modernas, los laboratorios científicos, las empresas económicas; todo contribuye a aumentar la pujanza maligna: los beligerantes se destrozan, los neutrales acechan el momento oportuno para entrar a río revuelto en la lucha o suministran a los contendientes, por un puñado de oro, cantidades fabulosas de armas y de municiones. Y hasta los más reservados siguen con un interés fanático o una curiosidad inaudita las peripecias de la lucha, ávidos de sensaciones descomunales, poniendo en los demás un fervor o un anhelo que jamás han tenido ni tendrán para sí mismos, ni para su patria.

Al lado de este espectáculo de miseria suprema, hay que poner—para ser justos—el del asombroso heroísmo de los beligerantes y la filantropía de algunos neutrales. Jamás habíamos presenciado un desinterés mayor, un espíritu de sacrificio tan hondo, ni una tan absoluta abdicación de los egoísmos individuales, como los que se manifiestan en la actualidad. Y si nos asombra recordar el cambio inconcebible, la vuelta en redondo hacia el mal, que dió la humanidad en 1914, nuestra admiración debe ser todavía mayor al constatar que los mismos hombres de entonces — esos hombres que parecían flacos, ligeros, embotados por largos años de paz—son los

habrán aprendido a vivir libres; dejarán de ser enemigos, porque comprenderán de donde arranca y como puede desenvolverse la verdadera solidaridad de los humanos intereses.

«¿Cómo negar—escribe G. Rumelin en su libro *Problèmes d'economie politique et de statistique*—que el derecho y la posesión actuales tales como los tratados los consagran en nuestra Europa, no son en muchísimos casos más que el resultado de una antigua violencia o de un provecho injusto y que en todo caso ciertos vencidos jamás los tendrán por legítimos?»

No, no puede negarse esta injusta y violenta procedencia. La propiedad privada es antisocial, y porque es antisocial desencadena fatalmente estas hecatombes y corrompe todos los nobles sentimientos y hace sucumbir todos los idealismos. Su inmensa materialidad los ahoga, pesa sobre ellos como losa de plomo y los tuerce y desorienta.

«Nada más infame—escribió años atrás el publicista francés Eugenio Lincon, en su libro *La Cité française*—que este derecho de propiedad: mata al hombre, más que matarle, le desmoraliza y degrada... Con él se explican estos ejércitos permanentes, estos presidios, estas cárceles; como la injusticia no puede ser consagrada sino por la arbitrariedad, se crean otras injusticias. Así se explican, en fin, esta miseria del mayor número, el abandono de la debilidad, es decir, de la mujer, del niño y del viejo».

Escuchad ahora la descripción del comunismo de los hombres primitivos, debida a la pluma de Federico Engels, en su libro *Origen de la familia, de la propiedad privada y del Estado*, página 135 a 138 de la edición francesa, y sacad la consecuencia de lo que habría podido hacer el hombre de haber desarrollado y perfeccionado aquel principio eminentemente social, puesto que no crea antagonismos (principio del que aun subsisten vestigios en medio de nuestras instituciones de propiedad privada), si la ignorancia de los primeros hombres no se hubiese dejado desviar y sujetar por el egoísmo de los primeros brutales que la fundaron y por el sofisma de los primeros sacerdotes que sancionaron la fuerza que la creó para compartirla con ellos:

«Siendo la *gens* iroquesa como una unidad social, vemos asimismo con qué necesidad casi inevitable—pues que es natural—toda la constitución de las *gentes*, de las *patrias* y de la *tribu* deriva de esta unidad. Los tres son grupos de diferentes grados de consanguineidad, cada uno encerrado en sí mismo y ordenando sus propios asuntos, pero completándose asimismo con los demás. Y el círculo de los asuntos que les compete abraza el conjunto de los asuntos públicos de los bárbaros del estado inferior.

Así, pues, en todas partes o en un pueblo donde hallamos que la *gens* es una unidad social, podemos buscar una organización de la tribu semejante a la que hemos descrito; y allí donde, como en los griegos y romanos las fuentes no faltan, no tan sólo la encontraremos, sino que nos convenceremos que allí donde estos orígenes faltan, la comparación de la constitución americana nos ayuda a desvanecer las dudas y adivinar los enigmas más difíciles.

¡Y qué admirable constitución en toda su juventud y simplicidad la de esta constitución de la *gens*! Sin soldados, sin policías, sin nobleza, sin reyes, sin gobernadores, sin jueces, sin prisiones y sin procesos, todo marcha regularmente. Todas las querellas y conflictos los ventila la colectividad a que pertenecen, por la *gens* o por la tribu o por las diversas *gentes* juntas; únicamente como medio extremo, raramente empleado, interviene la «vendetta» (venganza) de la que nuestra pena de muerte no es más que una forma civilizada con todas las ventajas e inconvenientes de la civilización. Por muchos que sean los asuntos comunes que tengan que ventilar—la economía doméstica es común a una serie de familias y comunista; el terreno es propiedad de la tribu, únicamente los pequeños huertos-jardines son de propiedad, al principio, de los hogares individuales—no tienen ninguna necesidad de nuestro embarazoso aparato administrativo tan vasto y complicado. Los interesados son quienes deciden y, en la mayor parte de los casos, es una costumbre establecida desde hace siglos que regula todas las diferencias. No hay pobres ni menesterosos, porque el hogar comunista y la *gens* con